ADONDE TÚ VAYAS

FRANCISCO FERNÁNDEZ VERA

Adonde tú vayas

Francisco Fernández Vera

avant
editorial
www.avanteditorial.com

Primera edición, octubre de 2020
© Nezar S. Fernández, 2020

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A, 28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Impreso en la Unión Europea

Este libro ha sido impreso siguiendo las normativas:
UNE — EN — ISO — 14001 de gestión ambiental
UNE — EN — ISO — 9001 de gestión de calidad

ISBN: 9788418460197
IBIC: FA

Imprime Podiprint

avant
editorial
www.avanteditorial.com

Dedicado a todas las personas enfermas de cáncer terminal, porque merecen morir con un último suspiro lleno de amor.

CAPÍTULO I

El bueno de Nono comprendía, mientras miraba a través de la ventana, que el verano había llegado a su fin. La prontitud en la venida de los últimos rayos del sol al anochecer y el helor desagradable que sentía en la planta de sus pies, le decían que aquella sería la última tarde que caminaría descalzo por la casa.

Sin embargo, a Nono no le importaba demasiado despedirse del verano porque la llegada del otoño le hacía sentir siempre buenos presagios: la caída de la hoja de los árboles, su color entre anaranjado y amarillento sobre el suelo de los parques y la luz que ya deja de ser cegadora; esos detalles motivaban que todo lo que a Nono le rodeaba le fuese más sentido y allegado a su corazón.

A pesar de que la aspiración de Nono siempre fue la de ser escritor, la profesión que más satisfacciones le había dado en su vida había sido el periodismo. Ser periodista en su ciudad, La Unión, había supuesto que Radio Nacional de España informase a los radioyentes de la Región de Murcia acerca de los acontecimientos que sucedían a diario en aquella localidad.

Su padre, Antonio Novoa, se sentía un poquito orgulloso de su hijo cuando, al coger el autobús de la mañana, escuchaba las noticias que su primogénito había redactado la tarde anterior. Ni qué decir de

Rosa, su madre; sentía una gran alegría, cuando era felicitada por sus amigas cada vez que iba a la carnicería de don Guillermín o a la tienda de abarrotes de la señora Maravillas.

El hecho de que La Unión saliera diariamente por la radio y en la prensa era algo importante para la familia Novoa. En definitiva, su trabajo como redactor en un diario regional motivaba que aquel fracasado llamado Antonio Novoa, más conocido como «« Nono»», sin novia, sin casa, sin auto de segunda mano, tal y como mandaban los cánones de un ciudadano español de treinta y cuatro años bien cumplidos, se viesen un poco redimidos.

Aquel treintañero no se había preparado ni para ejercer como profesor de secundaria; sin embargo, este corresponsal, pobremente remunerado, era ya un personaje muy conocido en la vida pública del lugar. Sobre todo por sus entrevistas con el alcalde, con los líderes de los partidos de la oposición, con los Hermanos Mayores de las cofradías de Semana Santa y, en definitiva, con la mayoría de los poderes fácticos y culturales del lugar.

Todos los días, Antonio y Rosa visitaban a su hijo mayor que dormía en casa de su abuelo materno Enrique. Para Nono, aquella era una tarde feliz porque les iba a dar una grata sorpresa a sus padres. En realidad, cualquier hombre de su edad y formación habría rechazado el contrato indefinido a media jornada con un salario de cuatrocientos cuarenta y un euros, que le había ofrecido el Diario regional Ahora Cartagena para el que trabajaba con contratos eventuales desde hacía un año. No obstante, fuera del campo laboral del periodismo, Nono nunca había trabajado asegurado.

El redactor unionense mantenía la esperanza de hacer en uno o dos años una segunda página de deportes, tal y como le había comentado el consejero delegado de su grupo editorial en repetidas ocasiones. Eso implicaría un contrato indefinido a jornada completa con un salario mensual de ochocientos euros.

—¡Hola hijo! ¿Cómo estás? Empieza a hacer frío como para ir en manga corta —afirmó Rosa, nada más ver a su hijo al entrar en casa de su padre en una de sus cotidianas visitas.

—Si mamá, tienes razón. Me voy a poner una chaqueta —dijo Nono mientras saludaba a sus padres—. Precisamente hoy tienes motivos para estar alegre, lo mismo que papá —continuó Nono con una amplia sonrisa—. Cartagena Ahora me ha hecho un contrato indefinido.

—¡Qué dices! —exclamaron al unísono sus padres.

—Lo que están escuchando. Que después de trabajar un año con la empresa, puede decirse que ya formo parte de la plantilla.

—Pero si tú mismo nos dijiste que el periódico no te haría fijo si no vendías más de cien ejemplares todos los días en La Unión y el diario en el que escribes sólo lo compran el alcalde, el presidente local del Partido Popular y el secretario local de Izquierda Unida.

—Y mis fuentes de información —añadió Nono con algo de orgullo —Rosa se sonrió cuando escuchó la defensa que hizo su hijo, respecto al número de ventas que tenía el diario en su localidad.

—Y tus fuentes de información cuando salen en la fotografía… Bueno, felicidades hijo. Algo es algo. Te felicito. A ver si por algún sitio podemos ver la luz —le felicitó su madre.

—Sí. Congratulaciones, hijo. A ver si algún día te vemos en el telediario de Antena 3[1] o en un programa propio, haciéndole una entrevista a algún escritor famoso —le dijo su padre.

—Con que esté bien colocado, estoy tranquila. Bueno, y ahora cuéntame, ¿cuáles son tus proyectos para el futuro? —preguntó Rosa.

—Ya te los he dicho: «trabajar», mamá.

Padres e hijo hablaron de muchas cosas aquella noche, aunque Nono tuvo que hacer un gran esfuerzo de atención para mantener el hilo de la conversación. Su mente estaba en otro lugar. Desde el punto de vista del redactor, el logro conseguido había sido muy importante pues, con este empleo, Nono podía desempeñar su labor literaria y, al

1 Canal español de televisión. (N. del E.)

mismo tiempo, un trabajo a nivel profesional que estaba relacionado con la escritura. De esta forma, el prestigio de su diario y de sus noticias se vería reforzado en el tiempo con sus publicaciones de creación. Sí, era un logro excelente.

Dios era bueno. Ahora lo podía comprobar. Su conversión al islam mediante la vía del sufismo[2] desde los veinte años y sus relaciones amistosas con los marginados inmigrantes marroquíes no le habían dejado sin trabajo y sin dinero, como se lo había recriminado su familia. Además, aún conservaba sus verdaderos amigos. Muy especialmente a Rogelio, « Roger», como acostumbraba a llamarle cariñosamente, a quien había sido desde su adolescencia el único amigo que le había sabido comprender. Nono había llegado a la conclusión desde hacía algunos años de que «sólo perdemos aquello que no nos pertenece».

En aquel maravilloso día de octubre, Dios había recompensado a Nono con un trabajo bien considerado a los ojos de la gente, cuya oficina era la mismísima casa de su abuelo, la casa donde se crió de niño: el mejor lugar del mundo. El joven converso estaba convencido de que, al pasar no más de dos años, y con el beneplácito de Dios, se casaría con una mujer de su mismo credo y formarían un hogar en la misma casa donde trabajaba. De esta forma, con el amor de una mujer, la compañía de un buen amigo, un trabajo con buenas condiciones y su familia cerca, Nono sería un hombre completamente feliz.

Cuando los padres de Nono se marcharon a casa, aquel soñador detuvo sus pensamientos felices ante la aparición resplandeciente de la luna. «Esa es la luna de mi infancia» pensó.

Cuántas veces, durante el verano, había salido Nono a la pequeña terraza con su abuelo para mirar esa misma luna en los días de su niñez. El nieto escuchaba entonces atentamente las historias que su abuelo

2 El sufismo es la mística religiosa propia del islam en la que el creyente cumple los ritos establecidos por la religión e intenta agradar durante todos los momentos de su vida a un único Dios verdadero sin pensar en lo que existe después de la muerte (ni castigo, ni recompensa); sólo por amor a Dios y devoción a Él. (N. del A.)

Enrique le contaba infinidad de episodios personales que hacían alusión a la Guerra Civil Española.[3]

«Una gran derrota, Nonico, una gran derrota».

Aquella frase, que a Nono se le había quedado grabada desde la infancia, no pudo entenderla hasta que pasaron por él bastantes años.

Su abuelo había sido y era su amigo, su hermano, su padre y su maestro. El amor de su abuelo no le hacía falta buscarlo para sentirlo, siempre estaba muy dentro de él. Abuelo y nieto eran personas muy diferentes, pero con un solo corazón.

Durante la niñez de Nono, abuelo y nieto iban juntos a todos los lugares: a misa, al cine, a las calles céntricas de la vecina ciudad de Cartagena, a los montes olvidados de la sierra minera, de compras a los grandes almacenes de Murcia, a los belenes de casi todas las localidades de la región. Aquellos belenes que tanto le gustaban a Nono cuando era niño.

Por otra parte, mientras aquel treintañero soñador mantenía su mirada fija en la luna, pensaba en su madre. Una de las grandes insatisfacciones que guardaba Nono en el rincón más íntimo de sus entrañas era el hecho de no haber respondido al gran esfuerzo que su madre había hecho por el futuro profesional de su hijo mayor. Nono había fallado en todos los proyectos donde había metido la nariz. Todo lo que había empezado, le había salido al revés.

Rosa era una mujer que su primogénito llevaba en el alma. Este sabía que su madre se había sentido satisfecha cuando veía a su hijo mayor escribir novelas en el trastero de la casa con tan solo quince y dieciséis años. Él sabía muy bien que su madre confiaba en que llegaría a ser un novelista famoso en el futuro. Además, también estaba segura de que su hijo llegaría a ser jefe de Estudios en el Instituto de su ciudad. Así, aunque ella fuese una víctima del analfabetismo femenino de la

3 La Guerra Civil Española fue un conflicto militar y político ocurrido entre 1936 y 1939, fecha en la que inició la dictadura militar de Francisco Franco que duraría hasta 1979. (N. del E.)

época de la postguerra franquista, su hijo Antonio sería el portador de los valores reales y del orgullo de la familia Novoa.

Sin embargo, cuando el joven Antonio finalizó el primer ciclo de Instituto, Rosa se dio cuenta de que su hijo ni siquiera escribía. Se había convertido en un estudiante mediocre, feo y gordo, aficionado al alcohol, a la marihuana y era un adicto empedernido al tabaco. Pero su madre, como todas las madres, tenía una golondrina que le cantaba alegre y rauda en el cielo, mientras le decía que su hijo Nono tenía algo especial.

Uno de los días que más gracia le hizo Nono a su madre, fue una mañana de verano en la que este le confesó que se había convertido al islam, que era un convencido del sufismo y que gracias a un Dios que se llamaba Alá había aprobado los exámenes de ingreso e iniciaría una carrera de Letras.

Llevándole la corriente, Rosa trabajó muy duro en labores de costura y bordado durante cinco años para obtener el capital suficiente que le permitiera a su hijo la estancia permanente en la capital: lugar donde se hallaba ubicado el Campus Universitario.

Para Rosa estaba muy claro que lo que su hijo quería a sus veintiún años con el islam, era asegurarse una mujer que le lavara los platos, le hiciera de comer e hiciera el amor con él aunque no quisiera. Ella pensaba, en sus ratos de silencio, que cuando Nono tuviese una carrera en la mano se daría cuenta de que «los moros» eran mala gente y su religión, fruto de ellos; por lo que su hijo, que era muy buena persona, volvería a ser cristiano o un ateo de pueblo normal y profesor de Instituto. La mamá de Nono estaba convencida de que con el tiempo su hijo trabajaría y, a fuerza de colaboraciones literarias, conseguiría que el Municipio le financiase algunas publicaciones y alguna divorciada o solterona de buena familia se fijaría en él.

Sin embargo, los pensamientos de Rosa se habían quedado sólo en eso: « pensamientos». Nono ya tenía treinta y cuatro años y, tras finalizar su carrera, había pasado seis o siete años intentando integrarse en

las diferentes comunidades islámicas de Sevilla, Córdoba y Granada o residir en Marruecos como profesor de español, pero había fracasado. Desde su último regreso de Granada, Rosa estaba segura que el abandono de la fe sería cosa de pocos meses, No obstante, para Nono, Alá le había reservado algo mejor.

Nono seguía cumpliendo, en solitario, el ayuno diurno durante el noveno mes lunar de Ramadán, además de mantener los cinco rezos diarios en dirección a La Meca. El periodista todavía mantenía viva la esperanza en tiempos difíciles; incluso fumaba tabaco de liar que era más barato para ahorrar dinero y abrir una academia de Letras en su ciudad.

El rechazo a establecer nuevas amistades, ya fuesen femeninas o masculinas, era una actitud de Nono que había aburrido a Rosa, quien ya se había hecho a la idea de que su hijo era un converso al islam para lo bueno y para lo malo. La madre del redactor mantenía el criterio de que el grado de rechazo de un converso al islam en la sociedad occidental era aún mayor que el rechazo que pudiese tener un inmigrante marroquí; por lo menos para este, al ser un nativo de Marruecos, era normal que profesase la religión islámica. Rosa pensaba que los marroquíes habían nacido musulmanes tuvieran una mayor o menor convicción, pero todos venían a España para tener un nivel de vida que no podían conseguir en su país natal. No obstante, su hijo era cristiano de nacimiento y esta conversión le hacía un renegado de todo lo que él representaba. Por eso, para su madre, en su ciudad o en cualquier rincón de España a donde fuese Nono, darse a conocer como musulmán sería, como mucho, recibir una que otra sonrisa hipócrita pero en realidad sería cavarse su propia tumba.

Mientras Nono seguía mirando la luna clara y luminosa pensaba que su madre, a pesar de que Rosa nunca había trabajado fuera del hogar, de haber tenido tan siquiera el Bachillerato, habría sido una mujer de lo más moderna y progresista. Nunca se hubiera casado y habría sido una artista de cine o de teatro o de cualquier otra rama del arte. Rosa

era para su hijo una de esas mujeres que nunca entendieron el progreso por carecer de cultura para tal fin, pero que preferían la democracia a la dictadura franquista, atendiendo a los dictados del corazón.

Para Nono, su padre era muy diferente al resto de la familia. Su imagen era la de un ser querido, a la vez que la de un gran desconocido.

Nono admiraba en el cabeza de familia su pasión por el físico y por lo feliz que le hacía todo lo superficial. Su padre era la antítesis de todo lo que Nono sentía y deseaba. Ambos nunca coincidían en nada, pero el tiempo siempre decantaba la razón a favor de su padre y eso, en el fondo, a los ojos de su hijo mayor, le hacía un poquito envidiable.

Antonio Novoa solía decirle a su hijo: «Las grandezas que tú defiendes sólo las alimentan los hipócritas y los hombres nobles. Unos viven de ellas y otros las padecen. A veces creo que eres medio tonto y si no tuvieras estudios te diría otra cosa, que no te enteras de nada».

Nono era el mayor de una prole de cuatro hijos. Sus hermanos eran Rosa María, Mari Paz y Francisco Javier.

Rosa María, la hermana mayor, tenía dos años menos que Nono. Era una mujer muy sociable y desde su más tierna infancia estuvo apegada al primogénito, pero nunca le contaba sus secretos más íntimos, ya que en su interior albergaba una gran desconfianza por todo y por todos quienes la rodeaban. Su pasión era la tacañería y ahorrar dinero, además de buscar cualquier motivo para que le hiciese reír. Ella mantenía que la risoterapia era la mejor de las creencias. Para Rosa María, sin más cuentos chinos, todas las religiones estaban hechas para explotar y sacar dinero a los pobres, sin que éstos se suicidasen y tampoco se revelasen y así los ricos pudieran mantener su riqueza sin problemas. Nada más.

Mari Paz también era una mujer muy abierta, pero mucho más generosa que Rosa María y, sobre todo, bastante más despilfarradora. Aunque ahora estaba casada y vivía en Zaragoza con su cónyuge, cuando era soltera salía con sus amigas siempre que podía. En lo que se refiere a sus inquietudes existenciales, le tenía mucho odio a todas las

religiones, su postura no era ni mucho menos un sentimiento de comprensión e indiferencia como la de su hermana mayor.

El menor de todos era Francisco Javier, el más guapo y de figura más esbelta de la familia. Un donjuán consagrado, capaz de elegir y hacer sufrir al sexo opuesto. Tenía once años menos que Nono y, a pesar de su escaso contacto con él y de su diferencia de edad, este sí era capaz de pedirle a su hermano mayor algún consejo o de revelarle algún secreto íntimo, aunque sólo fuese en contadas ocasiones. El benjamín de la familia sí era de credo católico y el miembro predilecto de toda la familia, menos de su abuelo. El abuelo mantenía sus preferencias por el Nono, nieto morisco.

En definitiva, todos los hermanos formaban una prole completamente atípica al resto de las existentes en su barrio, y aunque el contacto que había entre los miembros de la familia Novoa no era muy fluido, gozaban de una buena convivencia; un disgusto entre ellos era muy raro que durase más de una semana.

El hecho de tener los párpados semicerrados advertía que el sueño había llegado a los ojos del soñador y, aunque se sentía algo nervioso por aquel logro dentro de su carrera profesional, Nono comprendió que ya era hora de cerrar la ventana, dejar de mirar la luna y echarse a dormir al calor de las sábanas.

Era domingo por la mañana. Había amanecido un día luminoso de octubre que a Nono le recordaba al sol claro de la primavera. El redactor se había levantado sobre las nueve de la mañana y lo primero que hizo, después de lavarse la cara con agua fresca y jabón, fue a abrir la ventana que daba al patio y ver la esplendorosa cúpula de la iglesia de su ciudad. En aquellos momentos, el treintañero recordó su infancia con nostalgia; cuando, desde el lugar donde se encontraba, podía ver casi todo el edificio del templo y no sólo las tejas y poco más. Nono nunca se pudo explicar cómo una ciudad tan pequeña tenía una iglesia de un tamaño casi catedralicio.

A pesar de que el domingo era jornada de descanso para Nono, este ya tenía su agenda completa para pasar el último día de la semana: por la mañana, iría a casa de su amigo Luis.

El hogar de Luis y su familia era el que mejor recibía al corresponsal. Luis era una de esas pocas amistades que Nono conservaba desde la infancia y, aunque su confianza no llegase a ser la de Roger, tanto para Luis como para su hermano Juan, su hermana María Dolores y su madre doña Juana, el redactor era una persona muy querida. De hecho, las visitas que el periodista hacía a la familia de su amigo eran casi una ceremonia. Los cafés que ambos tomaban iban acompañados de largas charlas sobre la política social de la ciudad, el desastre ecológico que la minería había ocasionado al medioambiente local, sobre las similitudes y diferencias entre el cristianismo y el islam y, en definitiva, de cualquier tema que estuviera de actualidad en la región y en la ciudad. A veces Luis y Nono hablaban de futuros negocios y de posibles romances… dos soñadores de la misma edad.

—¡Hola Antonio! ¿Cómo estás? —le preguntó Luis a Nono, nada más verle llegar.

—¡Hola Luis! Mejor que nunca.

—¿Y eso? Pasa y tómate un café para variar.

—Gracias Luis, contigo es un placer. Pues estoy mejor que nunca porque me van a hacer un contrato indefinido en el diario donde trabajo.

—¡Qué bien! Felicidades. Desde el día que te acompañé a tu entrevista de trabajo, supe que tú eras mejor que todos los que pudieran haber allí.

—Luis, hay mucha gente que escribe bien y todas las personas que trabajan en la redacción tienen su carrera como yo. Además, vienen de grandes ciudades.

—Tonterías…

—¡Felicitaciones! Estoy en la cocina haciendo el café, pero escuchando la noticia y me alegro mucho por ti —interrumpió María Dolores la conversación entre su hermano y Nono.

Al poco tiempo de estar sentados, llegaron a casa doña Juana y su hijo mayor y también felicitaron al corresponsal.

Las conversaciones en casa de Luis, fueran del tema que fuesen, eran siempre amenas e interminables. Se podía decir que Nono iba a su casa porque ya era la hora de comer o por cualquier otro compromiso, pero nunca a causa de que la conversación llegase a un punto muerto. Todo lo contrario, dentro de la misma tertulia, de un tema se pasaba a otro con la facilidad que se pasa de comer carne a patatas. Sin embargo, lo importante para el nuevo corresponsal era el hecho de sentirse querido en aquella casa y con aquella familia. Nono sabía en el fondo de su corazón, que estuviese donde estuviese, nunca los olvidaría.

—Dejándonos ya de politiqueo, yo creo que lo que tienes que hacer es escribir una novela y tener el periódico para pasar el rato —aconsejó Luis a Nono.

—Sí, tengo algo en mente, pero, la verdad, no sé si es una historia interesante.

—¿Esa que me contaste aquel día de ese niño inmigrante?

—Esa misma.

—Desde mi punto de vista, no está mal y la llevas mucho tiempo en mente. Escríbela ya.

—Ahora, Luis, voy a redactar noticias, ya sabes, lo que me da de comer, por decirlo de alguna manera: ir de un sitio para otro hasta encontrar alguna noticia, venir por la tarde y contártela a ti antes de escribirla. Después, ir a casa donde duermo, redactarla, mandarla vía Internet y esperar a que me confirmen si está bien o tengo algunas faltas. Luego, debo esperar a mis padres mientras me tomo un tececito sentado en el sillón de mi abuelo.

—¡Qué bien, pero qué bien lo pintas! —exclamó Luis—. Eres humilde pero con mucho estilo.

—Puede que tengas razón.

Si Nono visitaba a Luis, lo más normal era que se le hiciese un poco tarde para llegar puntual a sentarse con su familia a comer y aquel domingo no fue una excepción. Cuando llegó a casa, fue felicitado por su abuelo y sus hermanos, además de que en ese día se puso un plato especial en la mesa.

Sin embargo, en la casa de los Novoa había cosas que no podían cambiar por muy especial que fuese el día. Una de ellas era el hecho de que, después de comer, padre e hijo se sentasen en la sala de estar y mantuvieran una conversación bien de Semana Santa o bien de contenido metafísico. El resto de los hermanos solía tomar una siesta en la cama. Mamá se quedaba en el patio tomándose el café a solas, frente a unos oleos y un lienzo, y don Enrique se marchaba a su habitación a dormir un rato, sentado en una cómoda mecedora de madera.

Nono, antes de regresar a la casa donde vivía, solía despedirse de su abuelo dándole un beso en la frente mientras este dormía porque el tiempo de conversación que abuelo y nieto mantenían era por la mañana temprano. Poco después del amanecer, don Enrique iba a levantar a su nieto y a verle desayunar, mientras hablaba con él. No obstante, aquella tarde fue diferente.

—¿Qué te pasa abuelo que hoy no duermes?

—Nada, que estoy muy contento de que te hayan dado ese trabajo. Ya había perdido la esperanza de que todas las novelas de Galdós y Dickens que te compré en tu juventud te hubieran servido de algo.

—Leer esas novelas siempre sirve, aunque uno pida limosna. Acabas de nombrar a dos autores muy buenos.

—Lo único que te pido es que regreses a casa y hoy, que es domingo y no tienes que escribir, medites sobre lo poco que tienes para que no lo pierdas. Nono, ya no eres tan joven como tú crees. Los años se te echan encima y si pierdes este trabajo te será muy difícil conseguir otro. Céntrate, déjate de religiones, que cada cultura tiene la suya, y aprovecha el tiempo que te veo sin nada.

—No te preocupes, Alá me ayudará.

—No, déjate de tonterías —gruñó el anciano—. Alá le ayuda a quien se ayuda. Tú estás aquí y él se fue hace muchos años al cielo… —Después se relajó un poco—. Medita sobre lo que has pasado con los moros y los moriscos como tú y aférrate al periódico y así mejoras tu hoja de vida.

—Mira abuelo, esta tarde es una tarde feliz para mí y voy a ir al cine, después iré al Café Principal con mi amigo Roger y veré un buen programa por televisión mientras me como algunas golosinas. No te preocupes por nada, no hay realidad fuera de Alá. Si estás en él, nada malo te puede pasar.

—Bueno, bueno... pues que Alá te ampare y déjame dormir. De todas formas, te deseo toda la suerte del mundo —concluyó don Enrique con un beso y un abrazo reservados para su nieto.

Don Enrique se quedó dormido tan pronto como su nieto abandonó la habitación, pero antes susurraba entre dientes: «que sea lo que Dios quiera».

La tarde transcurrió alegremente para Nono, junto a sus amigos, en el cine más importante de la vecina ciudad de Cartagena y en la cafetería más visitada de La Unión. Sin embargo, cuando quedó a solas en la casa, le fue imposible olvidar el breve discurso que su abuelo le había dado aquella misma tarde. Pero aquella actitud meditativa le duró poco: « Dentro de poco, Ramadán. Dos páginas al día y a vivir. Alá está conmigo y en mí. Todo saldrá bien», se decía Nono a solas y en voz alta, mientras iba a la cama.